

Don Miguel Muñoz de San Pedro e Higuero  
Conde de Canilleros y de San Miguel  
(1899-1972)

NOTAS PARA SU BIOGRAFÍA

Cien años son un plazo suficiente como para decantar y fijar los perfiles de una figura histórica, separando de ella las adherencias de la cotidianeidad y del anecdotario personal, —mucho más espeso y opaco cuanto más expuesto haya estado a la vida pública y al contacto con las gentes—, con el fin de presentarlo a la posteridad con su auténtico relieve, con su esencial vivencia y aportación; con lo más valioso y perenne de su obra en la Tierra.

Este es el plazo: los cien años que acaban de cumplirse el 28 de diciembre pasado, desde que en 1899 naciera en Cáceres, en una casa de la Plaza de Santo Domingo, donde vivían sus padres. Miguel Teófilo Cesáreo Muñoz Higuero en el seno de una familia de fuerte raigambre extremeña y de reconocida hidalguía por la ascendencia de sus progenitores: García Muñoz Torres-Cabrera y Beatriz Higuero Cotrina; que iba a recibir a lo largo de su existencia diversos títulos de nobleza, acreditados por los merecimientos y timbres de sus predecesores, y otros títulos de prestigio y reconocimiento, conquistados por él mismo, que le han hecho a lo largo de su vida, como diría don Quijote, «hijo de sus obras».

Por su genealogía, llegaría a ser X Conde de Canilleros y V de San Miguel, —entre otros títulos que después ostentarían sus hijas y

descendientes—, como heredero de Miguel Mayoralgo y Ovando, —su tío-abuelo paterno, VIII Conde de Canilleros—, y de su padre García Muñoz Torres-Cabrera, —IX Conde del mismo título—, antes aludido; ambos destacadas personalidades en la vida social, política y económica cacereña en las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX, ya que ambos pertenecieron al Concejo Municipal, incluso siendo don García Muñoz alcalde de la ciudad entre 1924 y 1925, o cooperando a la fundación de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Cáceres, de la cual sería su tío-abuelo primer Presidente en 1911.

Durante la mayor parte de su existencia residiría en el palacio de don Hernando de Ovando, —solar antiguo de su familia—, ubicado en el mismo corazón de Cáceres, en la plazuela de Santa María, en el marco de una Ciudad Monumental notablemente distinta a como se encuentra actualmente. En su niñez y primera juventud quedó al cargo de su abuela materna y de su bisabuela, —como él mismo nos recuerda en uno de sus artículos de «Alcántara», —a causa, quizá de una larga y grave enfermedad de su padre.

También eran poseedores los Condes, sus antecesores, de la finca llamada «Las Seguras», —junto al Salor—, en la carretera de Badajoz, heredad en la que se conservaba una vieja torre acastillada, bastante desmantelada y ruinoso que, pasados los años, sería rehabilitada bajo la dirección del mismo Conde de Canilleros, para adquirir el notable aspecto que ahora tiene como una de las Casas Fuertes más representativas de Cáceres y de sus alrededores; rehabilitación que merecería ser destacada y premiada por la Sociedad Española de Amigos de los Castillos.

A pesar de sus pocos años, la sensibilidad del joven Miguel y los relatos de sus ancianas cuidadoras, supo captar los sucesos y acontecimientos que llenaron el ambiente provinciano y entrañable de la ciudad en estos primeros años del siglo XX, que prácticamente había nacido con él, de los que nos dejaría un bonito libro costumbrista: «La Ciudad de Cáceres: Estampas de medio siglo de pequeña historia» (1953). En él, con apenas tres o cuatro años constató el entusiasmado aprecio social que se rendía en Cáceres a la figura de José María Gabriel y Galán, cuando todo el vecindario vibró de entusiasmo durante la visita que el poeta giró en 1902.

Que bellos «Recuerdos» nos ha dejado Miguel Muñoz de su infancia, publicados en las páginas de la Revista «Alcántara», decantados ya por los años y por la posterior experiencia: La visita del rey Alfonso XIII a Cáceres en 1905; la visión del Paseo de Cánovas, todavía entre campos de cebada y cercas de ganado. Los dos primeros automóviles que circularon por la ciudad, uno de Fernando Becerra y el de Manuel Montenegro. La nevada sorprendente de febrero de 1907 y las lluvias torrenciales que se sucedieron durante algunos años creando problemas muy serios a las familias que vivían en los barrios periféricos. La llegada del cometa Halley (1910) y el revuelo que levantó su contemplación.

Los veraneos en la playa de Figueira da Foz con su familia, donde conocería a la cupletista «La Fornarina», con quien tuvo una inocente amistad infantil, hasta que el destronamiento del rey Manuel II provocó la declaración de la República (1910) y la interrupción de estas amables vacaciones portuguesas.

En este mismo ambiente popular cacereño tuvo de niño numerosísimos amigos en el «Batallón Infantil», creado en 1906 para acompañar festejos y procesiones; pero sobre todos destacó en su memoria otro rapaz, poco mayor que él, llamado Pedro Romero Mendoza, al que siempre trató y recordó con cariño; evocándole, sobre todo, con ocasión de su muerte, —el 10 de agosto de 1969—, cuando ambos estaban estrechamente vinculados a la Revista «Alcántara»; uno como director y el otro como colaborador asiduo de la misma.

También pertenecieron a este pequeño «Batallón infantil»; Juan Caldera Rebolledo. Arturo Aranguren, Pedro Berjano, Pablo Floriano y otros críos que serían con el tiempo destacadas figuras de la vida local y de la sociedad, un tanto provinciana y entrañable, que la sustentaba. Todos ellos coincidirían además en las aulas del Instituto General y Técnico de Cáceres, viviendo las inquietudes y afanes del Bachillerato, bajo el calor intelectual de catedráticos y profesores que el joven Miguel recordará también con nostalgia.

Una especial evocación dedicarla al Director, don Manuel Castillo Quijada, inquieto y bondadoso profesor de francés, destacado miembro del partido liberal, —liderado en Cáceres por Juan Muñoz Chaves—, y director del diario «El Noticiero», que había llegado a Cáceres

en 1901 como profesor de francés, y marcharía en 1919 destinado a Valencia; muriendo en México, —exiliado—, el 25 de enero de 1964 a la edad de 95 años, dejando un legado o «beca» para costear estudios o tesis doctorales a algún estudiante cacereño.

Recuerdos amables despertaba también de su lejana juventud estudiantil, don Miguel Angel Orti Belmonte, investigador y desvelador de la historia local; don Cipriano Guerra, que le impartía clases de Lengua y Literatura y otros miembros de nutrido Claustro de Profesores del Instituto. Pero los había también que le inspiraban recelo o rechazo por su áspera personalidad, como el irascible don Francisco Javier Gaité Llovés o el estafalario don Julio del Riego Campos, despistado y tedioso profesor de Filosofía, Lógica y Ética. En fin, también los hubo que no dejarían huella en el recuerdo ni en la personalidad del joven estudiante.

Miguel Muñoz Higuero debió ser un alumno aplicado y metódico; aprobaría el examen de ingreso el 1 de junio de 1910, desarrollando sus estudios medios durante seis años en los que demostró una positiva regularidad en sus calificaciones, que en muy escasas ocasiones aparecerían como negativas, según figuran en su expediente.

Finalmente, realizaría los ejercicios para obtener el Grado de Bachiller los días 28 y 29 de septiembre de 1916; siendo «sobresaliente» en el primero de estos ejercicios, y «aprobado» en el segundo. El Título de Bachiller está fechado el 8 de noviembre de 1916, con el que concluía toda una etapa de su vida, posiblemente la más unida a la ciudad cacereña.

Una nueva y agitada etapa se abría para Miguel Muñoz al marchar a Madrid para matricularse en la carrera de Derecho, que hizo en régimen de enseñanza libre en la Universidad Central y en la de Salamanca.

Madrid era en 1917 una ciudad llena de encantos modernistas, de teatros y «saraos», de tranvías y coches «al punto» en la que el muchacho cacereño se sintió perfectamente acoplado desde el principio. Ya en el examen de acceso a la Facultad de aquella bulliciosa Universidad Central, conoció a doña Emilia Pardo Bazán, encargada de examinarle de Literatura. Después, durante años, serían muchos y muy destacados los personajes que ingresaron en el círculo de sus relaciones:

unos por ser extremeños, como él; otros por pertenecer al mundo del teatro y ser por tanto afines a la más destacada de las aficiones del joven estudiante de leyes; otros por la labor que iban desarrollando en aquella sociedad dinámica, inquieta, creativa y llena de proyectos que formaba el substrato español de comienzos del siglo. Otros, en fin, por afinidades políticas con el sector «maurista» del Partido Conservador del que su abuelo era jefe en Cáceres, y que le llevaron a conocer personalmente a don Antonio Maura y a uno de sus hijos: Honorio, de quien siempre conservó un imborrable recuerdo.

También conocería en la capital del reino a Julián Besteiro, su profesor de Lógica en la Universidad Central, a quien sería presentado por su paisano y condiscípulo, —del Instituto y de la Facultad—, Fernando Valera Aparicio, que llegaría a ser posteriormente relevante personaje político durante la II República y en el gobierno en el exilio. Pronto comprendería Canilleros que ideológicamente ambos eran diametralmente opuestos a su propia convicción conservadora, monárquica y católica, en la que no existían resquicios ni fisuras.

Madrid penetró profundamente en la personalidad del joven aspirante a abogado, y él mismo se hizo un asiduo viajero para examinarse y relacionarse en la Villa y Corte.

En la capital del reino conoció a las grandes figuras del teatro de entonces, como don Jacinto Benavente, doña María Guerrero, al empresario del Teatro de «La Comedia», Tirso Escudero, que le serviría de guía y apoyo en los ambientes literarios capitalinos. También conocería al actor Casimiro Ortas, —natural de Brozas—, con el que mantendría una larga amistad.

La relación con Ortas posibilitó la entablada con don Pedro Muñoz Seca, autor de una comedia: «Los Extremeños se tocan» que tuvo gran éxito de taquilla; aunque no tanto como la archifamosa «Venganza de Don Mendo» que le habla consagrado desde 1916 en que la estrenó. Otros importantes personajes del mundo de la escena con los que se relacionó el joven Conde serían el Maestro Guerrero, autor de inolvidables zarzuelas, y algunas conocidas cupletistas y cantantes de las que siempre guardo agradables recuerdos: Maruja «La Caoba»; «La Goya» —que casarla con el escritor Tomás Borrás—, o la extremeña Carmen Pereira Barrera, de Almendralejo, que se llamó en el escenario

«Carmen Flores». De estos contactos, sin duda, nacerían sus numerosas comedias históricas y musicales que se estrenaron en diversas ocasiones en las plazas de Cáceres.

Por supuesto, fueron muy frecuentes los regresos a casa para asistir a notorios acontecimientos, como la visita de la Infanta doña Isabel de Borbón, «La Chata», tía del rey Alfonso XIII, para ser madrina del Regimiento de Segovia, entonces de guarnición en la ciudad. Canilleros ya había tenido cierto trato con esta simpática y ocurrente Infanta, así como con su hermana doña Eulalia y con otros miembros de la familia real; incluso con el propio monarca en las frecuentes visitas que giró a Cáceres o a la comarca de Las Hurdes en 1922. Relaciones que afianzaban y profundizaban su acendrada convicción monárquica y su adhesión inquebrantable a la dinastía borbónica.

En 1925 contrajo matrimonio con Julia Flores de Lizaur y Bonilla en su casa de Brozas, oficiando la ceremonia el entonces Obispo de Coria don Pedro Segura Saez, que fue Prelado de la Sede Cauriense desde 1920 a 1926 y dejaría una profunda huella e influencia en la Iglesia cacereña. La relación entre este activo obispo Segura y el Conde de Canilleros venía de lejos; ya cuando llegó a Cáceres, el prelado crearía la Acción Católica y su sección de Juventud Católica a la que se afilió Miguel Muñoz desde el comienzo. En la revista que editaba esta J. C. publicaría sus primeros trabajos de investigación y sus primeras poesías, que le reportaron triunfos y honores en el mundo literario local.

Del matrimonio con Julia Flores de Lizaur nacerían dos hijas: Beatriz, que vio la luz el 12 de julio de 1926 y Blanca, nacida el dos de noviembre de 1927, poco antes de que los acontecimientos políticos del país desembocasen en la proclamación de la II República; régimen por el que Canilleros nunca mostró ni la más leve simpatía o aprecio y contra el que el ya Cardenal Segura, como Primado de España, emplearía sus armas más contundentes. Incluso en 1932 sería detenido por las autoridades republicanas, pasando algunos días en la cárcel, por considerarse que todos los aristócratas monárquicos, poseedores de tierras y fincas, habían sido cómplices del General Sanjurjo y de su aventura sevillana.

Por otra parte, sus relaciones con los prohombres de la República fueron muy forzadas y con escasa fortuna. Conoció personalmente a

don Alejandro Lerroux a través del notario extremeño Diego Hidalgo, —que llegaría a ser Ministro de la Guerra en 1934 y quien designaría al General Franco para reprimir la rebelión de Asturias—, pero nunca sintió por este equívoco político radical ni simpatía ni respeto. Igualmente manifestaría su sincera antipatía por Martínez Barrios, por Manuel Azaña y otros políticos republicanos a los que consideró faltos de ética y «tránsfugas» de la monarquía.

No nos ha dejado Canilleros ninguna referencia a su postura personal cuando se produjeron los acontecimientos de julio de 1936, pero es de suponer que sintiera cierta afinidad con los generales sublevados que, en principio, parecía que deseaban restablecer el régimen anterior; aunque después desengañasen con su actitud a quienes habían confiado en una restauración de la monarquía parlamentaria.

Una «Cruzada» católica, antirrepublicana y antimarxista no podía menos que despertar la adhesión matizada de Miguel Muñoz que marcharía a Madrid en 1939 para asistir personalmente al glorioso Desfile de la Victoria.

Durante la guerra permaneció en Cáceres, ciudad pequeña y conservadora en la que había triunfado desde el principio el Movimiento Nacional, y donde recibiría el General Franco, entre el entusiasmo de la población, su designación como Jefe del Estado militar que entonces nacía. Aún así, también habría de soportar los ataques políticos del Capitán Luna, Jefe de la Falange local, exigiendo que se encarcelase a todos los que habían sido liberales o monárquicos.

En Cáceres la guerra fue liviana y soportable; solamente una bomba despistada caería sobre la Casa de la Duquesa de Valencia, pero las heridas urbanas que provocó fueron pronto restañadas. Y el pasaje por el que se procesó y fusiló en las Navidades de 1937 al antiguo alcalde socialista Antonio Canales, avergonzaría a los propios promotores del proceso, que, al parecer, estaba todo manipulado.

Iba a ser después de la difícil paz, en los años recios y oscuros de la posguerra, cuando comience a fructificar la notable afición del Conde de Canilleros a la literatura y a la historia. En 1941 empezó a preparar una de sus obras más características: «Extremadura, la tierra en que nacían los Dioses» que le había encargado la editorial Espasa Calpe de Madrid; encargo que le posibilitó conocer de cerca al pintor

pacense Eugenio Hermoso (1883-1963) con quien ya mantendría una estrecha y prolongada amistad.

En 1945 también conoció a Antonio Rodríguez Moñino en el mismo Madrid, estableciéndose igualmente entre ellos una relación amistosa, dinámica y creativa a través de las famosas «tertulias» del Café Gijón del Paseo de Recoletos, en las que coincidirían otros paisanos y amigos, como Gervasio Velo y Nieto, Pedro Caba, Manuel García Matos, y contertulios esporádicos, como Miguel A. Orti Belmonte, el Marqués de La Encomienda, Julio Cienfuegos, Manuel Terrón Albarrán, Jesús Delgado Valhondo, Manuel Pacheco, José Díaz Ambrona, etc. Allí se forjó, —en opinión de Canilleros—, la «Renalxensa» cultural extremeña, pues, efectivamente, en 1947 se perfilaron en estas tertulias del Café Gijón dos ideas encaminadas al resurgir de Extremadura: la «Exposición del Libro Extremeño», —que tuvo lugar al año siguiente—, y las «Asambleas de Estudios Extremeños», comenzadas en 1949 y que se prolongarían en los Congresos de Estudios Extremeños de los que Canilleros fue principalísimo mentor.

Por entonces se casaría la mayor de sus hijas: Beatriz, actual Condesa de Canillesros, que heredaría los títulos de marquesa de Berverana y de los Altares y baronesa de Campo de Aguilas, con el juez Arsenio Rueda y Sánchez Malo, hermano del entonces Gobernador Civil de Cáceres.

También por entonces participaría, con Rodríguez Moñino, en el descubrimiento y exhumación de los restos de Frey Nicolás de Ovando, en San Benito de Alcántara, restos que se suponían perdidos.

La tertulia del Café Gijón terminaría trasladándose al Café Lyon, en la Calle Alcalá, donde se reunirían: José M. Cossío, Canilleros, Díaz de Bustamante y otros que más tarde ocuparían siales en las distintas Academias madrileñas: Zamora Vicente, Díaz-Plaja, Camilo José Cela, etc. o en la de Las Letras y Bellas Artes de Extremadura, creada con posterioridad.

La citada «Exposición del Libro Extremeño» se celebró, —como decimos arriba—, en Cáceres, y tuvo la virtualidad de sensibilizar a las instituciones sobre la carencia y mala disposición de las instalaciones o centros culturales de la región, por lo cual el Ayuntamiento cedería el palacio del Marqués de La Isla, en la plaza de La Concepción, para

que se instalara en él la Biblioteca Pública, que había estado hasta entonces en la planta superior del Instituto de Segunda Enseñanza; además, también se situó allí el Archivo Histórico Provincial, con la cesión por parte de Rodríguez Moñino de su estupenda biblioteca extremeña.

Por estas fechas ya tenía publicados el Conde de Canilleros varias obras de exhaustiva investigación histórica y genealógica, como eran el conocido «Diego García de Paredes, Hércules y Sansón de España» (1946) publicado en Madrid por Espasa Calpe, que tantos elogios merecería por parte de Gregorio Marañón; varias obras de teatro y las composiciones líricas a las que nos hemos referido, publicadas en la revista de «Juventud Católica» (1922), que le acreditarían como inspirado poeta, además de hacerle merecedor de un premio literario.

En 1950 solicitaría del Ministerio de Justicia añadir a su primer apellido el complemento «de San Pedro», que le sería concedido por decreto; inscribiéndose entonces como Miguel Muñoz de San Pedro e Higuero; modificación que ya pasaría a sus hijas y descendientes.

Por estos años cursa Canilleros la carrera de Magisterio en la Escuela Normal de Cáceres, ya contando con la de Derecho y sin que hubiera necesitado ejercer ninguna de estas profesiones para vivir. Es una década de gran actividad creadora, aunque como ya se han publicado referencias amplias y documentadas de su labor literaria e histórica, no vamos a entrar aquí en la relación de sus obras, investigaciones o trabajos.

En 1958 contraería matrimonio su segunda hija: Blanca, actual vizcondesa de Torre Hidalgo, con el militar José Carrillo de Albornoz; pero, desgraciadamente, sólo tres años después ocurriría el óbito de su esposa (1961) que le induciría a publicar una monografía: «Francisco de Lizaur (1477-1535)» sobre uno de los ascendientes del linaje de doña Julia y prologar dos obras relacionadas con Brozas, su pueblo natal: «Hijos Ilustres de la Villa de Brozas» de Eugenio Escobar Prieto, y «Los Flores de Lizaur y sus enlaces. Linajes de Brozas y Alcántara» de Manuel Flores de Lizaur y Ortiz. Posiblemente la pérdida de tan querida persona reduplicó su energía e interés por los temas de investigación; pues en este mismo año saldría definitivamente su «Extremadura, la tierra donde nacían los dioses» (1961) que vio la luz en Madrid por obra de Espasa Calpe que se la había encargado.

Canilleros se volcó materialmente, a tiempo completo, hacia la vida intelectual y hacia las relaciones creativas dentro y sobre la ciudad de Cáceres. Promovió, junto a otros intelectuales de Badajoz la celebración de las Asambleas de Estudios Extremeños y los posteriores Congresos de Estudios Extremeños; gestionó en Madrid la declaración de Monumentos Nacionales para la cueva de Maltravieso, —recientemente descubierta en «El Calerizo» cacereño—, y de otros edificios emblemáticos del conjunto urbano cacereño. Fue numerosas veces distinguido por las Corporaciones Académicas de varios países hispanoamericanos, y en la «Bibliografía de las publicaciones históricas de Miguel Muñoz de San Pedro» (1966) (Cáceres), Juan Martínez Quesada nos informa puntualmente de los cargos y nombramientos que cayeron sobre el Conde de Canilleros en esta fructífera década de los años sesenta: Reconocimientos públicos del Ilustre Colegio de Notarios de Extremadura; de los Ayuntamientos de Coria, Brozas, Pasarón y Valverde de la Vera; nombramiento de hijo adoptivo de Jerez de Los Caballeros. Representante de Extremadura en la «Exposición Nacional de Recursos Turísticos de España», (Madrid) y en los «Congresos de Estudios Americanos» (Sevilla), Iberoamericano de «Archivos, Bibliotecas y Propiedad Intelectual» (Madrid), de La «Guerra de la Independencia y su Época» (Zaragoza), e «Internacional de Genealogía y Heráldica» (Madrid).

Las responsabilidades institucionales que tuvo que asumir fueron también numerosas y de primera fila en la conservación y restauración del Patrimonio Histórico Artístico: Director del Museo Arqueológico y de Bellas Artes de Cáceres, Presidente de la Comisión Provincial de Monumentos, Delegado Provincial de Bellas Artes, Comisario Provincial de Excavaciones, Vicepresidente de la Asociación de Amigos de los Castillos, Académico Correspondiente de las Reales Academias de La Historia, y de la Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, Miembro de Número del Instituto Nacional de Genealogía y Heráldica, y otros muchos nombramientos y distinciones honoríficas que harían interminable esta relación.

Sin duda, cuando el 5 de abril de 1972, moría en Madrid tan ilustre y relevante personaje, después de una penosa afección cancerígena, Cáceres y Extremadura perdían a uno de sus intelectuales más destacados y a uno de sus investigadores más entusiastas y rigurosos.

Precisamente en las vísperas en que iba a ser creada la Universidad de Extremadura y la Real Academia de Extremadura, dos instituciones por las que el Conde de Canilleros había luchado y laborado afanosamente durante años.

Es lamentable que después de su muerte la ingente obra del Conde de Canilleros fuera olvidada en los anaqueles de las bibliotecas y no se crease en la citada Universidad extremeña un Aula o Seminario destinado a conmemorar su obra y continuar en la misma línea de investigación y trabajo que él había iniciado sobre la historia y la cultura de la región.

Este homenaje que la Revista «Alcántara» quiere resaltar, en cooperación con el que ha promovido la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes, puede ser la llamada de atención institucional para que se repare ese error u olvido.

MARCELINO CARDALLIAGUET\*

\* Gran parte de las notas biográficas que Incluye este artículo se las debo al nieto del Conde de Canilleros, García Rueda Muñoz de San Pedro, que amablemente me las proporcionó, y que quiero agradecerle desde estas páginas.